

LA PROMESA DE LA VIDA PERUANA

JORGE BASADRE

Instituto CONSTRUCTOR

Construyendo ciudadanía, construyendo desarrollo, construyendo democracia,
construyendo dignidad, construyendo país, construyendo Perú

Esta separata ha sido elaborada a partir de la edición del trabajo de Jorge Basadre, *La Promesa de la Vida Peruana*, Lima: Augusto Elmore, Editor, 1990. La primera edición de esta obra fue publicada el año 1945, en la Revista “Historia” N° 3.

© Copyright de la presente edición: Instituto CONSTRUCTOR
Lima, setiembre de 2005.

Esta edición se ha realizado de conformidad con el artículo 43° de la Ley sobre el Derecho de Autor (Decreto Legislativo N° 822) —que permite la reproducción de artículos, fragmentos o extractos de obras lícitamente publicadas, o de obras agotadas, siempre que la reproducción sea sin fines de lucro o para fines de enseñanza y en la medida justificada por el objetivo perseguido—, para ser utilizada en las escuelas y talleres de educación ciudadana y formación política organizados por el Instituto CONSTRUCTOR.

Advertencia: el Instituto CONSTRUCTOR no se solidariza necesariamente con las ideas contenidas en los materiales de enseñanza que reproduce, las que son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

El paraíso en el Nuevo Mundo

MUCHO se ha hablado acerca de la repercusión que tuvo el descubrimiento de América en la imaginación del mundo. Menor preocupación ha habido sobre el significado espiritual del descubrimiento circunscrito del Perú. Y, sin embargo, el Perú no ha sido fruto del azar, ni olvidado rincón continental, ni germen crecido en la insignificancia. Antes de ser realidad deslumbrante fue grandioso ensueño, utopía accesible en virtud del sacrificio ante las mentes ávidas de Balboa y de Andagoya. Su nacimiento en el siglo XVI está rodeado de mitos y leyendas, como lo había estado el nacimiento de los Incas en el siglo XI. Y, cosa curiosa, existe un paralelismo fácil entre los dos grandes mitos que adornan la aurora del imperio y los hechos que en prodigiosa reencarnación de la fábula dentro de la realidad, anteceden y siguen al descubrimiento. Si en el mito del Titicaca la pareja divina llega a enseñar las artes y los oficios a las indias bárbaras, la aparición de los españoles se presenta también no sólo como “conquista” sino además como “evangelización” y “colonización”. Mientras en el mito de Paccari Tampu los cuatro hermanos salen a su aventura audaz y sangrienta y luchan entre ellos hasta quedar solo Ayar Manco, los cuatro Ayar españoles podrían haber sido Pizarro, Almagro, Luque y aquel increíble Pedro de Alvarado que vino desde Centro América a participar en el botín: el hierro eliminó a Almagro, su propio ministerio a Luque y la dádiva a Alvarado. Ante los ojos infantiles, algo tiene además Pizarro del héroe que en los cuentos se consagra a la adquisición de un Objeto Sagrado: pájaro que habla, fuente que canta, árbol de frutas doradas. Siempre es algo que da mágicos poderes a quien lo tiene. Generalmente, gigantes o dragones se hallan gozando de ese privilegio; pero genios benevolentes obedecen al héroe o son sugestionados por él. Está profetizado que él logre la victoria: lo necesario colabora con el azar. El héroe es el afortunado Tercer Hijo, el que, por fin, captura el Objeto Sagrado después de múltiples pruebas vencidas gracias a su tenacidad, a su valor, a su predestinación. La diferencia con el caso de Pizarro, está en el final de su vida rutilante de oro y de sangre.

Habiéndose vuelto realidad tangible lo maravilloso en el Perú, la imaginación de los hombres del siglo XVI creyó que el milagro podría repetirse.

Surgieron así la leyenda del Dorado según la cual un rey gobernaba en una isla situada en hermosa laguna, “especie de mar blanco cuyas olas rodaban sobre arenas de oro y guijarros de diamante”, la leyenda de las Amazonas fecundadas por las espumas del gran río, los reinos imaginarios de Ambaya, de los Escaisingas, de Ruparupa, de Candire, de Omagua, del Paititi, de Henin y otros tantos. ¡Cuán cercanos estaban, así, el acierto y el error, la realidad y la fantasmagoría, el fracaso y el éxito! El imperio de los Incas, el Perú eran verdad; pero los demás imperios o reinos eran mitos. Y este dualismo terrible de los soñadores que aciertan y de los soñadores que se equivocan prosigue a lo largo de toda nuestra historia y hasta durante la República hemos tenido a quienes creyendo salir en busca de los Incas, fueron en realidad, como Alvarez Maldonado, Diego de Mendoza, Pérez de Zurita, Juárez de Figueroa, Juan de Mendoza, o Gonzalo Solís Holguín en pos del fabuloso reino del Gran Paititi...

La imaginación no descansa cuando la época de las expediciones termina y el mapa peruano se halla ya más o menos fijo. A fines del siglo XVI y durante el siglo XVII se entra en una época de exaltación interior. No preocupa ya sobre todo la naturaleza indómita; preocupa la otra vida, la eterna salvación. El cristianismo había, en cierto sentido, cambiado el concepto y la esencia del Objeto Sagrado de los cuentos orientales. Este existe, no ha sido monopolizado por fuerzas enemigas, ni es propiedad de otro: a todos se manifestaría por igual. El pecado lo ha hecho ocultarse. No puede ser cogido: ante él sólo cabe la adoración. La vida unida a la fuerza sobrenatural de la gracia abren el camino para su acceso. Es el Santo Graal, hasta donde asciende únicamente Sir Gallahad, el caballero predestinado. Esta transformación cristiana del Objeto Sagrado predomina en el siglo místico y ascético del Virreinato peruano y produce también seres reales pero de maravilla, ya no en el mundo de la acción sino en el mundo de la contemplación hasta llegar a la santidad.

(Entre paréntesis cabe afirmar que con la leyenda de Fausto la búsqueda cambia de finalidad. El Objeto Sagrado no existe. Se trata de lograr la salvación personal, sin relación con el resto de la especie humana. Fausto es víctima y sede de la tentación; pero al fin se salva gracias a su

desasosiego. Triunfa no porque sea perfecto sino porque combate el pecado, aunque sea a última hora. No es excepcional porque es moralmente mejor, sino tal vez porque es peor. El héroe se ha vuelto un bribón que en la escena final se arrepiente. La riqueza de la vida espiritual en el Perú de aquella época no podía ser ajena a la leyenda de Fausto. Por razones de evangelización, ella aparece sobre todo en los autos sacramentales escritos en quechua con sentido simbólico. Hasta ahora son dos nuestros Faustos indígenas: *Usca Paucar*, y *El pobre más rico*. Ambos –*Usca Paucar* como Sayri Titu, el “pobre más rico”– ceden a las promesas del demonio que aquí se llama Yuncanina y les invita a banquetes con papas, quinua y choclo y al disfrute de un fácil amor; ambos se libran de pagar el trascendente precio de sus francachelas y no entran al infierno gracias a la oportuna invocación a la virgen de Copacabana o a la del santuario de Belén en el Cuzco).

Tenemos pues ya la imaginación lanzada primero a la búsqueda de imperios suntuosos y luego a la de la eterna felicidad. Todavía no han agotado, sin embargo, sus campos. Surge también la visión del Perú, o de América íntegra como reminiscencia del Paraíso. Algunos llegan a insinuar que aquí fue donde moraron Adán y Eva; y esta tesis que primero es sólo atisbo, conjetura, hipótesis o deseo, para Antonio de León Pinelo resulta evidencia comprobada en un esfuerzo laboriosísimo de erudición y dialéctica. Su obra *El Paraíso en el Nuevo Mundo* examina todas las posibilidades de ubicación terrena del Paraíso y va desechando cada una con especiosas razones para hacer luego razonadamente la afirmación que es grata a su cariño y a su orgullo de indiano. De dicha obra sólo se imprimió el “aparato” con la portada y las tablas o índices. Hubo interés poderoso que no quiso dar a los americanos la ilusión de tan viejo e ilustre abolengo. Recientemente, Raúl Porras Berrenechea ha publicado el libro íntegro en una edición ejemplar y con un prólogo admirable.

Por otra parte, América y dentro de ella principalmente el Perú, encandila también la imaginación extraña. En 1735 se estrena en París el ballet *Las Indias Galantes* con música de Rameau, cuyo argumento versa sobre los amores de una princesa inca con un español; y su éxito es tan notable que hasta se suceden las parodias como *Las Indias Cantantes* y *Las Indias Danzantes*. A 1732 pertenece la tragedia *Alzira* de Voltaire, de argumento peruano, ensayo de dar a los conquistadores una lección de tolerancia, de bondad y de paciencia que restañe las heridas de la

guerra y apresure la incorporación del indio a la cultura occidental. Bien conocido es el éxito que poco más tarde obtenía la novela épica y filosófica de Marmontel llamada *Los Incas*. Menos conocida es, en cambio, la invasión de obras con temas peruanos en los escenarios parisinos: dos comedias con el nombre *La peruana* en 1748 y 1754, la tragedia *Manco Capac* en 1763, *Azor o los peruanos* en 1770. Aunque hoy esté olvidada, fue también muy célebre en su época la obra *Cartas de una peruana* por Madame de Graffigny, cartas escritas en “quipus” que son una crítica a las costumbres europeas.

En todos estos documentos y en otros más no hay sólo exponentes del sentimiento de lo exótico, que se difundía en Francia y en otros países de Europa. Aparece también la idea cada vez más popular del “noble salvaje”, del hombre bueno en estado de naturaleza que se corrompe en la civilización y en la sociedad. Se mezcla el relato cristiano del paraíso perdido y la “edad de oro” de que hablan los poetas latinos con los prodigios hallados en el “Nuevo Mundo”; y las traducciones de los cronistas de la Conquista, el entusiasmo expresado por misioneros y viajeros, piratas y aventureros vienen a coincidir con el gusto por lo exótico y el pesimismo filosófico y social entonces imperante. Y en otro campo, aunque muy cerca de éste, surge la leyenda dorada acerca de la sabiduría y el orden creado por los Incas. Aunque en sentido distinto de aquel que León Pinelo diera a su obra, en realidad trátase de afirmar también aquí que el “paraíso perdido” estuvo en América, o, más concretamente, en el Perú. El espejismo de bienaventuranzas truécase en nostalgia de lejanías. Ante las insuficiencias del presente, los ojos no miran hacia el futuro en busca de compensaciones; miran hacia el pasado pero esta vez ya no hacia el pasado suspendido en el destiempo, sino hacia el pasado concreto del hombre en estado de naturaleza: siempre es el consuelo onírico, el goce lunar o sea de reflejo.

La búsqueda ha sido, primero, de tesoros y de reinos maravillosos. Luego, ha sido búsqueda de eterna salvación. En seguida esa felicidad soñada primero en hazañas de geografía y de milicia o en el éxtasis religioso, se transporta hacia el pasado, ya sea ahistórico (Adán y Eva), ya sea histórico (Incas). Falta la transformación de esta búsqueda orientándola hacia el futuro, el sueño del paraíso no perdido sino por encontrar. Y él surge en su momento propicio. El mundo se ha vuelto pequeño y ya no hay reinos como el de los Incas, ni siquiera como el de Paititi o el de Ruparupa. Por otra parte, el campo de la vida religiosa va desligándose

lentamente de la vida civil. Y después de las grandes revoluciones norteamericana y francesa irrumpen las masas como personajes del acontecer histórico, y el siglo XIX ha de ver cómo la preocupación política y social prevalece sobre la preocupación geográfica imperante en la época de los grandes descubrimientos, sobre la preocupación religiosa que dominó entre nosotros a fines del siglo XVI y durante el siglo XVII y sobre la preocupación especulativa que define a cierto momento del siglo XVIII. El sueño del paraíso

futuro abierto para todos amanece junto con la edad contemporánea.

En cada uno de los países de América, este sueño es el de la Emancipación política, aislada y loca quimera inicialmente, realidad de sangre, lodo y lágrimas más tarde. Pero no se trataba simplemente de cortar la sujeción política a España. La Independencia fue hecha con una inmensa promesa de vida próspera, sana, fuerte y feliz. Y lo tremendo es que aquí esa promesa no ha sido cumplida del todo en ciento veinte años.

¿Para qué se fundó la República?

EL Perú moderno (lo hemos dicho muchas veces) debe a la época pre-histórica la base territorial y parte de la población; de la época hispánica provienen también la base territorial, otra parte de la población y el contacto con la cultura de Occidente; y la época de la Emancipación aporta el sentido de la independencia y de la soberanía. Mas en esta última etapa, madura asimismo un elemento psicológico sutil que puede ser llamado *la promesa*.

El sentido de la independencia y de la soberanía no surge bruscamente. Dentro de una concepción estática de la historia el período de tiempo comprendido entre 1532 y 1821 se llama la Colonia. Para una concepción dinámica de la historia, dicha época fue la de la formación de una sociedad nueva por un proceso de rápida “transculturación”, proceso en cual aparecieron como factores descollantes la penetración de los elementos occidentales en estos países, la absorción de estos elementos de origen americano hecha por Occidente, el mestizaje, el criollismo y la definición de una conciencia autonomista.

Los americanos se lanzaron a la osada aventura de la Independencia no sólo en nombre de reivindicaciones humanas menudas: obtención de puestos públicos, ruptura del monopolio económico, etc. Hubo en ellos también algo así como una angustia metafísica que se resolvió en la esperanza de que viviendo libres cumplirían su destino colectivo. Nada más lejos del elemento psicológico llamado *la promesa* que la barata retórica electoral periódica y comúnmente usada. Se trata de algo colocado en un plano distinto de pasajeras banderías. Aún en los primeros momentos de la Independencia así quedó evidenciado. Los llamados separatistas o patriotas

entraron en discordias intestinas demasiado pronto, antes de ganar esa guerra, aún antes de empezar a ganarla. Se dividieron en monárquicos y republicanos y los republicanos, a su vez, en conservadores y liberales, en partidarios del presidente vitalicio y del presidente con un período corto de gobierno, en federales y unitarios. Y sin embargo, a pesar de todo el fango que con tal motivo mutuamente se lanzaron y a pesar de la sangre con frenesí vertida entonces para todos ellos esa victoria de la guerra de la independencia al fin lograda después de catorce años, apenas si fue un amanecer. Bolívar y San Martín, Vidaurre y Luna Pizarro, Monteagudo y Sánchez Carrión, por hondas que fuesen sus divergencias, en eso estuvieron de acuerdo.

Las nacionalidades hispano-americanas tienen, pues, un signo dinámico en su ruta. Su antecedente inmediato fue una guerra dura y larga; su origen lejano, un fenómeno de crecimiento espiritual dentro del proceso vertiginoso de la “transculturación” de la civilización occidental en este suelo simbólicamente llamado el “Nuevo Mundo”. Y por eso se explica que en el instante de su nacimiento como Estados soberanos, alejaron su mirada del ayer para volcarla con esperanza en el porvenir.

Esa esperanza, esa promesa, se concretó dentro de un ideal de superación individual y colectiva que debía ser obtenido por el desarrollo integral de cada país, la explotación de sus riquezas, la defensa y acrecentamiento de su población, la creación de un “mínimum” de bienestar para cada ciudadano y de oportunidades adecuadas para ellos. En cada país, vino a ser en resumen, una visión de poderío y de éxito, para cuyo cumplimiento podrían buscarse los medios o

vehículos más variados, de acuerdo con el ambiente de cada generación.

En el caso concreto del Perú, sin saberlo, la promesa recogió algunos elementos ya conocidos en el pasado, transformándolos. Los incas para sus conquistas inicialmente procuraron hacer ver a las tribus cuya agregación al Imperio buscaban, las perspectivas de una vida más ordenada y más próspera. Más tarde, incorporado el Perú a la cultura occidental, su nombre sonó universalmente como fascinador anuncio de riqueza y de bienestar. Al fundarse la Independencia, surgió también, un anhelo de concierto y comunidad: “Firme y feliz por la Unión”, dijo, por eso, el lema impreso en la moneda peruana. Y surgió igualmente en la Emancipación un anuncio de riqueza y de bienestar proveniente no sólo de las minas simbolizadas por la cornucopia grabada en el escudo nacional sino también por todas las riquezas que el Perú alberga en los demás reinos de la naturaleza, que el mismo escudo simboliza en la vicuña y en el árbol de la quina. Un fermento adicional tuvo todavía la promesa republicana que el “quipu” inca y el pergamino colonial no pudieron ostentar porque ambos correspondían a un tipo de vida socialmente estratificada: el fermento igualitario, o sea el profundo contenido de reivindicación humana que alienta en el ideal emancipador y que tiene su máxima expresión en el “Somos libres” del himno.

Lágrimas de gozo derramáronse en la Plaza de Armas de Lima el 28 de julio de 1821; con majestad sacerdotal se sentaron los hombres del primer Congreso Constituyente en sus escaños; heroicamente fueron vertidos torrentes de sangre tantas veces; estentóreos sonaron los gritos de tantas muchedumbres incluyendo las que vocearon su solidaridad con México, Cuba y Centro América amenazados y las combatieron cantando el 2 de mayo de 1866. Y sin embargo ¡cuán pronto se escucha también en nuestro siglo XIX quejas y protestas, voces de ira y desengaño, recitaciones vacías, loas serviles, alardes mentidos y se ven al mismo tiempo, encumbramientos injustos, pecados impunes, arbitrariedades cínicas y oportunidades malgastadas!

A pesar de todo, en los mejores, la fuerza formativa e inspiradora de la promesa siguió alentando. Dejada caer implicó el peligro de que otros la recogieran para usarla en su propio beneficio quizás sin entender bien que el destino dinámico de estas patrias, para ser adecuadamente cumplido, necesita realizarse sin socavar la cohesión nacional y los principios necesarios para el mantenimiento de su estabilidad. Porque

careciendo de otros vínculos históricos, algunos de estos países tienen como más importante en común sólo su tradición y su destino.

En aquel ámbito de la vida republicana sobre el cual resulta posible intentar un juicio histórico, llaman preferentemente la atención dos entre los diferentes modos cómo se intentó el cumplimiento de la promesa: el debate entre las ideas de libertad y autoridad y el afán de acelerar el progreso material.

El dilema libertad-autoridad no estuvo felizmente planteando por los ideólogos del siglo XIX. Los liberales se dejaron llevar por la corriente de exagerado individualismo que después de la Revolución Francesa surgió en Europa. Tuvieron de la libertad un concepto atómico y mecánico. No miraron a la colectividad como a una unidad orgánica. En las Constituciones de 1823, 1828, 1834, 1856 y 1867 intentaron el debilitamiento del Ejecutivo y pusieron en todo instante una fe excesiva en el sufragio, cuya máxima ampliación buscaron. Por su parte, los conservadores fueron incrédulos ante la ilusión del sufragio, criticaron la acción del Poder Legislativo (léanse, por ejemplo, las páginas de *La Verdad* en 1832 y las notas de Bartolomé Herrera al texto de Derecho Público de Pinheiro Ferreira) y quisieron fortalecer el Ejecutivo. Pero a veces les caracterizó su falta de espíritu de progreso, su carencia de fe en el país y su poca cohesión. Los liberales, en cambio tuvieron seducción en su propaganda, optimismo, inquietud por los humildes. Cabe pensar, por eso, que el ideal habría sido “encontrar una fórmula que recogiendo los matices mejores de ambas concepciones fuese hacia un Estado fuerte pero identificado con el pueblo para realizar con energía y poder una obra democrática” (Son palabras de quien escribe también estas líneas, incluidas en un estudio titulado *La Monarquía en el Perú*, que se publicó en 1928).

El afán exclusivo por el progreso material se plantea por primera vez en gran escala por acción de Enrique Meiggs hacia 1870. Este hombre de negocios norteamericano había vivido en Estados Unidos durante el rápido tránsito de dicho país desde la vida agrícola hacia la vida industrial. Había visto Meiggs, por lo tanto, surgir y desarrollarse aquella exuberancia de energía, aquella actividad casi frenética que siguieron a la guerra de Secesión, mediante la construcción de ferrocarriles, la difusión del telégrafo y del cable y las especulaciones osadas de los bancos y bolsas comerciales. Modelar el continente para beneficio del hombre y participar en las grandes ganancias

que de allí resultan: ese fue el ideal de dicha época. Meiggs quiso aplicar bruscamente la misma panacea en el Perú. De allí la febril construcción de ferrocarriles, los grandes empréstitos, “el vértigo comercial que arrastró a los hombres de negocios a toda clase de negocios”. Bien pronto sin embargo, vinieron la formidable oposición ante la nueva política económica, la tragedia de los hermanos Gutiérrez, la crisis que precedió a la guerra con Chile. La experiencia evidenció así que el desarrollo material del país no debía ser una meta única. Evidenció también que este mismo desarrollo, para ser sólido, necesita basarse no sólo en la hacienda pública sino también en una permanente estructura industrial y comercial y que en la administración fiscal preciso es dar importancia, al lado del aumento de las rentas y de los gastos, a un maduro y sistemático plan económico.

¿Para qué se fundó la República? Para cumplir la promesa que en ella se simbolizó. Y en el siglo XIX una de las formas de cumplir esa promesa pareció ser durante un tiempo la preocupación ideológica por el Estado y más tarde la búsqueda exclusiva

del desarrollo material del país. En el primer caso, el objetivo por alcanzar fue el Estado eficiente; en el segundo caso, fue el país progresista. Mas en la promesa alentaba otro elemento que ya no era político ni económico. Era un elemento de contenido espiritual, en relación con las esencias mismas de la afirmación nacional. ¿Comprendieron y desarrollaron íntegramente y de modo exhaustivo ese otro matriz de la promesa los hombres del siglo XIX que, por lo demás, no malograron ni la estabilidad del Estado ni el integral progreso del país? He aquí lo que un peruano, también del mismo siglo escribió: “Como individuo y como conjunto, finalmente, el hombre necesita tener un ideal que perseguir, una esperanza que realizar. Por ese ideal y conforme al que se trazan, se hacen los hombres y los pueblos. Cuando carecen de él se arrastran, como nosotros, perezosos, desalentados, perdidos en el desierto, sin luz en los ojos ni esperanza en el corazón. Crearlo digno y levantado y mantenerlo siempre viviente para los individuos y para el conjunto es suprema necesidad de todo el pueblo y misión encomendada a los que lo guían”.

Ideas del peruano del siglo XIX

POR más que nos disguste la época colonial, será imposible negar un hecho en bloque: a su manera tuvo fuerza y plenitud. Ningún edificio republicano se compara, por ejemplo, con el claustro de San Francisco en Lima, o con la iglesia de la Compañía en Arequipa. Los hombres que hicieron esas y otras cosas tuvieron la virtud de la sinceridad de la fe y del ímpetu creador, estuvieron todos unidos por comunes ideales, aceptaron, comprendieron y utilizaron su propio medio, careciendo de propósitos de medro o de apariencias. Para confusión de quienes sólo vilipendian aquella época, fue entonces cuando nació en la vida y en las costumbres lo que se ha llamado el “criollismo”. La misma educación colonial, tan escarnecida, produjo sabios que ciertamente no fueron de relumbrón y plasmó a esa épica serie de hombres que se lanzó a la épica aventura de la Independencia. Educación de minorías muy filtradas, ciertamente; pero ¡cuán auténtica y profunda dentro de sus limitaciones!

Al iniciar los países suramericanos su vida autónoma, sin duda no les faltó patriotismo. Una guerra de catorce años e innumerables campañas, batallas y rasgos heroicos estaban allí para

atestiguado. Pero independientemente de este patriotismo bullente, acompañado muchas veces por la altivez puntillosa en la defensa de la dignidad y del honor de la patria recién nacida, hubo en los hombres de aquella época auroral varias fuerzas poderosas que los apartaron de la comunión con el propio terruño. Fue una de ellas la fascinación por lo extranjero. A la patria misma no sólo le impusieron los ornamentos republicanos, sino también piezas de la maquinaria estatal de Francia y los Estados Unidos. Ideólogos, legisladores, codificadores, artistas, poetas, coincidieron en una actitud de sumisa y unciosa imitación. Paradojalmente la “tapada” limeña y el indio de las serranías cada uno en el aislamiento de su propio medio, mostraron, en cambio, divergente pero análoga indiferencia por el modelo de ultramar.

Atrasado e ignaro pareció entonces todo aquel que no se extasiara ante una idea del siglo XIX que la sintió como ningún otro: la idea del progreso. “Oh porvenir, oh sol sin occidente”, cantó en unos versos nuestro González Prada, figura tan típica de su época. La humanidad parecía haber avanzado lentamente en una línea que iba desde las tinieblas

de la barbarie hacia la luz de la civilización. Quienes habían vivido como adolescentes o como niños el proceso de la Independencia americana, tenían personales razones para adherirse a esta idea. Se había producido ante sus propios ojos un *fiat lux*. El pasado era condenable como pasado, por ser veneno de oscurantismo y de atraso. Este anti-historicismo hallaba un aliado en el desarrollo prodigioso de la vida industrial. La navegación a vapor, el alumbrado de gas, el ferrocarril y otras maravillas insospechadas surgieron una tras de otra ante los ojos atónitos de aquella generación, anunciando una vida nueva y muy superior a la de antaño. Junto con el progreso material parecía indudable que la humanidad alcanzaba el progreso espiritual.

Habiendo roto sangrientamente con el pasado inmediato y encontrándose frente a un prodigioso desarrollo industrial que hasta él llegaba sólo en parte y tardíamente, el hombre americano del siglo XIX vivió con frecuencia en un desasosiego, en un descontento, en una vacilación entre la altivez y la humillación, que sus abuelos del elegante siglo XVIII y sus bisabuelos del ascético siglo XVII, tan seguros de ellos mismos, nunca pudieron concebir. Hacia la mitad del siglo, esta tragedia espiritual había llegado a extremos pavorosos. Como he tenido ocasión de repetirlo en otra oportunidad, las auras del movimiento literario romántico infundieron al americano el pesimismo de haber nacido demasiado tarde en un mundo demasiado viejo. La reverencia sumisa a Europa que ha primado hace bien corto tiempo, le infundió la amargura de ser americano, es decir, de pertenecer a una tierra que se hallaba muy lejos de constituir el centro de la civilización. Por aquellos años comenzaba a tener auge el entusiasmo por los hombres rubios, sobre todo por los anglosajones, así que otra insatisfacción adicional, fue la de tener el cabello y a veces el rostro demasiado oscuros. Como aún quedaba el rescoldo del odio a España, que los sucesos del 61 al 66 hicieron surgir de nuevo, se ahondó aún más tanta amargura recordando los vínculos con la antigua metrópoli que aún no habían podido ser deshechos. Y como si todo esto fuera poco, el prejuicio racial hizo llegar en algunos la lamentación a su colmo, al pensar que este hombre tan desgraciado porque había llegado demasiado tarde a un mundo demasiado viejo, porque vivía tan lejos de la cultura, porque no era rubio y porque tenía vínculos raciales y espirituales con la despreciada España, tenía que verse obligado a vivir rodeado de indios, negros y mestizos.

Por todas estas razones se explica cómo abundó en nuestro siglo XIX la actitud que podría llamarse de *progresismo abstracto*. Al progresismo abstracto, lo que le interesó fue la introducción súbita de todo lo que era considerado por la moda vigente como deseable, para vencer así el pasado que, en su concepto, “hechizaba” a América. Hubo representantes del progresismo abstracto fascinados por el federalismo, por la descentralización, por el parlamentarismo. Otros, o los mismos, pretendieron otorgar al indígena, de golpe, el derecho de voto, sin considerar que ese derecho no sería ejercido en la realidad. Otros quedaron absorbidos por la preocupación de combatir a la Iglesia en la vida civil. A la pregunta “¿Qué necesita el Perú?”, los progresistas abstractos contestaban: “Federalismo” o “Descentralización”, o “Predominio del Parlamento”, o “Sufragio Universal” o “Equilibrio entre las dos Potestades”. Y no faltaron, por último, aquellos que haciendo del Perú un caso único en América, propugnaron como un ideal la lucha contra el ejército.

Lo que el Perú en realidad necesitaba era, primeramente, un afianzamiento de la conciencia nacional contra los latentes peligros en todas sus fronteras y un plan sencillo y realizable de mejoramiento biológico, sanitario, económico y cultural de su elemento humano, así como un creciente dominio y utilización de su medio geográfico.

Al revés de lo que ocurrió después de la catástrofe del 79, cuando la afirmación nacional fue hecha inicialmente por González Prada, después de las primeras turbulencias republicanas la afirmación nacional pareció partir hacia 1842 del bando que se oponía doctrinariamente al progresismo abstracto. Era este el autoritarismo reaccionario, que primero había tenido figuras extranjeras como Bolívar, Monteagudo y Santa Cruz y que luego se había diseñado como un intelectualismo de círculo con acción en el periodismo y en antecámaras palaciegas, bajo el patriciado de José María de Pando. No fue entonces cuando la afirmación nacional fue hecha enérgicamente; mas bien hubo en Pando y en algunos de sus amigos una actitud de desprecio, primero malvelado, luego franco ante el país. Hay que avanzar algunos años y llegar a 1842 para el hallazgo mencionado, volviendo a leer el sermón que Bartolomé Herrera pronunciara en las exequias del presidente Gamarra. Sin aludir a la anécdota histórica que circunda a esa pieza oratoria, ni a su finalidad doctrinaria, se insiste aquí en el calor patriótico de su inspiración, cuyo *leit-motif* podría condensarse en estas dos frases

allí mismo expresadas: “¿No es verdad que quienes ignoran que el amor a la patria es caridad más perfecta que la particular, no saben si es virtud?” y “La Patria que sólo es visible para los corazones que le presenten el tributo de su amor, no existía para muchos”.

Desgraciadamente para el cultivo de la afirmación nacional, en Herrera ejercieron luego influencia el maestro y el filósofo del Derecho Natural y de Gentes y el sacerdote, defensor por escrito y oratorio de los derechos de la Iglesia amenazada. No se trata de decir que el patriota se esfumó o debilitó, sino que las necesidades de la áspera lucha doctrinaria entre 1846 y 1860 lo llevaron a combatir al progresismo abstracto con armas análogas a las empleadas por éste.

Al margen del progresismo abstracto y de sus rivales ideológicos, otros sectores de hombres del siglo XIX cultivaron una actitud que podría llamarse de *inmediatismo utilitario*. Los inmediatistas utilitarios usurparon muchas veces ideas y tópicos del progresismo abstracto o de sus rivales, para ponerlos al servicio del endiosamiento o del vejamen de los caudillos o del medro propio. Hicieron uso abundante del periodismo o de la tribuna; en aquel prosperó con donaire y gracejo, al lado del artículo sesudo, el género epigramático. Y llegaron a una fecundidad sorprendente en la producción de folletos. El folletismo intercepta como si fuera flora de la selva amazónica, los caminos historiográficos de nuestro siglo XIX. Desde la proscripción o en el país mismo; para saciar odios tremendos, o en una ingenua defensa ante el tribunal de la Posteridad; anónimos, firmados con iniciales o con nombres preclaros u olvidados, los folletos escriben la historia de nuestro siglo XIX y ésta sin ellos quedaría ciega y sorda. La mayor parte de ellos pueden ser catalogados en el inmediatismo utilitario. De sus páginas amarillentas, todavía sale como un vaho de pasiones violentas y estériles.

Pero no sólo en el progresismo abstracto y en el inmediatismo utilitario se canalizó el pensamiento de nuestro siglo XIX. Hubo también la actitud que podría llamarse el *escapismo*. Para no ver la realidad circundante, para olvidar los problemas inmediatos, para dejar de ser lo que se era e intentar una vida imaginaria, algunos escritores y artistas se forjaron mundos de fantasía o evocaron determinadas épocas del pasado. El movimiento romántico, con la boga que impuso de figuras y escenas de la Edad Media europea, ayudó al “escapismo”; pero aún más tarde esta actitud continuó. Hubo quienes optaron por la época

clásica, otros por la francesa de Luis XIV, otros por la Corte española de los Felipes y Carlos. Y cuando se trató del pasado nacional, a él se acudió a veces con exclusivo propósito de amenidad y fantasía, y a veces con el terrible peso de una yerta erudición.

Hacia fines del siglo XIX surgió una nueva actitud. Ella podría ser llamada el *sociologismo positivista*. Se apartó el sociologismo positivista, al parecer, del progresismo abstracto, porque al fin se acercaba con ojos críticos a la propia tierra; y se escapó también de los “escapistas” que miraban a todas partes menos a su alrededor, y de los inmediatistas utilitarios a quienes importaba sólo el momento presente. Llegó en una época en que ya se había enfriado bastante el entusiasmo ingenuo de las primeras décadas republicanas y en que existía un capital de experiencias en el camino hasta entonces recorrido. Parecía haber madurado el momento de hacer un examen de conciencia y de trazar bases realistas para el porvenir nacional.

Una figura preclara del pensamiento y de las letras peruanas de fines de siglo XIX ostenta el privilegio de haber sintetizado lo que en otros fue antagónico o estuvo disperso y localizado: González Prada. En su obra se halla al mismo tiempo y contradictoriamente el progresismo abstracto, el escapismo, el sociologismo positivista y hasta el inmediatismo utilitario. El progresismo abstracto está en la ilusión por la Ciencia y la Razón, así como la utopía anarquista en los últimos años. El escapismo surge en gran parte de su producción poética. El sociologismo positivista tiene cabida en muchas páginas de *Horas de lucha*, cuando enjuicia con rigor pesimista la realidad política y social del país. Y, lo que sería más discutible en esta síntesis, el inmediatismo utilitarista también aparece en la obra de Prada, pues no hay que olvidar la breve campaña del Partido Unión Nacional y los acerbos juicios acerca de los distintos partidos y caudillos de la época, especialmente acerca de Piérola. Y, para desdicha del Perú, fue este mismo escritor el que en discursos y artículos lapidarios, sólo por brevísimo tiempo, llegó a expresar una enérgica afirmación nacional después del desastre del 79. Gran parte del libro *Páginas libres* ha recogido estos documentos. Pero así como Herrera, cuarenta años atrás, no ahondó y no insistió en la afirmación nacional por las exigencias inmediatas que le impuso su profesión sacerdotal y el debate doctrinario de su tiempo, en González Prada el viaje a Europa y el comercio incesante con las ideas europeas consideradas novedosas en su época, llevaronle finalmente a una actitud mucho

más radical, llegando a exclamar ante la idea de la patria estas palabras: “Execro yo, tu bárbara impiedad”.

La tragedia profunda de nuestra época está en que las bases teóricas sobre las que reposaba la mente del hombre del siglo XIX hoy se hallan en crisis, desde las que conciernen al progresismo abstracto hasta las del sociologismo positivista. ¿Cuál fue la

obra y la huella del sociologismo positivista sólo superficialmente mencionado en este capítulo? ¿En qué consiste la crisis de las ideas decimononas? ¿Qué elementos de ellas han conservado y ahondado su vitalidad? ¿Qué punto de partida debe tener el peruano que va a pertenecer a la segunda mitad del siglo actual? Ese ha de ser el contenido de los próximos párrafos.

Progresismo, positivismo, presentismo

EL progresismo abstracto que dominó en muchos suramericanos desde comienzos del siglo XIX hasta nuestros días, fue en realidad una forma de idealismo. Para esta concepción el hombre es un ente racional, por encima de la historia. Ella, la historia, pesa sobre él como odioso lastre, o es utilizable sólo como catálogo de los esfuerzos de liberación; en ningún caso resulta una fuerza condicionante. La personalidad nacional, el vínculo de la familia, de grupo o de clase, el medio ambiente, el instinto, la neurosis, la subconsciencia no son factores a los que se puede conceder importancia en el individuo. La razón viene a simbolizar la facultad humana por excelencia: el uso de ella cada vez más vasto permitirá el abandono paulatino de la barbarie, que no es sino una forma del oscurantismo. “Guerra al menguado sentimiento, culto divino a la Razón”, cantó González Prada.

A lo largo de los últimos ochenta años, las bases racionalistas e idealistas de esta actitud han sido contradichas. El prodigioso desarrollo de las ciencias biológicas, sociológicas, antropológicas e históricas, así como el estudio de la psicología infantil, de la psicología de las masas y hasta de la psiquiatría, han hecho esfumarse la idea del “hombre razonable” erigido como arquetipo a principios del siglo pasado. Se esfuma, igualmente, la idea del individuo como unidad atómica, como persona soberana, porque su vida es inseparable de su ambiente social y porque si no pertenece a una comunidad y se ha descargado de su herencia humana, es como un errante animal.

La idea de progreso sufre también una esencial revisión. Existe, sin duda alguna, y de un modo creciente, el progreso entendido como dominio sobre la naturaleza exterior. Tan es así que todas las cosas que atónitos vieron los ojos del hombre del siglo XIX –vapor, ferrocarril, alumbrado de gas– resultan modestas o risibles frente a lo que

han visto los ojos del hombre del siglo XX. Pero lo que entonces pareció absurdo se ha realizado: los nuevos y prodigiosos instrumentos de la ciencia y de la industria han sido puestos al servicio de la guerra. El porvenir no es “sol sin occidente”. Pese a sus comodidades y a sus máquinas el hombre no es más feliz ni mejor. A veces, el exceso de racionalismo, al implicar exceso de cultura y de refinamiento, lo ha llevado a la decadencia, volviéndole estéril, escéptico o anti-social.

Algo queda, sin embargo, del progresismo abstracto, tal como él fue entendido en nuestra América. Preciso es no olvidar que con él coincidió el proceso de la Independencia, en cuya raíz alentó el concepto de soberanía y de libertad nacional. La emoción sagrada que halla su exponente en las inflamadas palabras de San Martín en la Plaza de Armas el 28 de julio de 1821, tuvo su respuesta colectiva en las muchas generaciones que cantaron entusiastas las estrofas que dicen: “Somos libres, seámoslo siempre”. Y este concepto de soberanía y de libertad es más hondo que el vaivén de las ideologías y que los cambios introducidos por el aporte de las ciencias. Quedan, por lo tanto, como elemento esencial y permanente de la persona nacional, que es preciso defender y afirmar. Pero ahí no se limita ese legado. No sólo se trata de una afirmación; se trata también de una promesa. ¿Para qué hemos conquistado la independencia? Para desarrollar hacia el máximo las posibilidades de este suelo y para dar una vida lo mejor posible al hombre peruano. Podemos discrepar con nuestros abuelos en algunos de los medios o procedimientos para obtener ese fin; San Martín y Bolívar discreparon a menudo de los ideólogos contemporáneos suyos y ellos no pensarían lo mismo hoy sin dejar de mantener su ideal emancipador. Pero tanto la afirmación como la persona quedan en pie y son un mandato a la vez que una responsabilidad.

El sociologismo positivista surgió en América en el área cronológica correspondiente a fines del siglo XIX; sus estribaciones son, sin embargo, visibles en las tres primeras décadas del siglo actual, siendo una de esas estribaciones el materialismo histórico que tiene, además, algunos ingredientes del progresismo abstracto. La actitud del genuino sociologismo positivista fue el pesimismo. Contemplaron sus adeptos, de un lado, las dictaduras y la anarquía continentales; y, de otro, las circunstancias geográficas, sociales y económicas. Y su veredicto fue coincidente con el formulado por algunos europeos de la misma escuela. Según los países americanos, tomaron distintas actitudes. En Venezuela, por ejemplo, el sociologismo positivista al constatar la inexorable acción de las fuerzas mecánicas en la vida colectiva, se puso al servicio de la dictadura allí entronizada durante veintisiete años, considerándola un legítimo o genuino producto de ellas y predicando resignación y conformidad. Tal es el significado de la obra de Pedro M. Arcaya y de Laureano Vallenilla Lanz. Algo parecido ocurrió, un poco antes, con los llamados “científicos” mexicanos en relación con Porfirio Díaz.

El caso de Alcides Arguedas en Bolivia es distinto. Su libro *Pueblo enfermo* no quiere ser servil con nadie, sino, por el contrario, traza con rudeza un cuadro sombrío de males y vicios que él localiza en Bolivia y que en buena parte coinciden bajo distintos cielos con el barro humano.

En el Perú el sociologismo positivista llegó también a fines del siglo XIX y comienzos del siglo actual y tuvo varias manifestaciones. Una de ellas está en una parte de la obra de Manuel González Prada. Aunque la obra poética de Prada se afilia al “escapismo” con la sola excepción de *Presbiterianas*, y aunque dentro de la obra en prosa la semblanza de Grau y otros ensayos buscan una neta afirmación nacional y la propaganda anarquista de su último período implica una exageración utópica del viejo progresismo abstracto, cabe reconocer algunos elementos del sociologismo positivista en el resto de su producción. Bien es sabido que Prada fue un ensayista literario y no un sociólogo. Sin embargo, su opinión despectiva y condenatoria de la época republicana en bloque y, en general, de toda la historia del Perú; su idea de que adonde se le apretara, el Perú vertía pus; su reacción contra la capital, contra las clases dirigentes y contra la religión lo vinculan a dicho movimiento. Contra la religión, por ejemplo ¿no dijo cosas tremendas, llevado por la idea de que la Ciencia, así con C

mayúscula, la había condenado a morir? En su famoso discurso en el teatro Politeama ¿no fue también la Ciencia la divinidad que propuso a la juventud? Abramos por azar algunas de sus páginas y entre otros muchos ejemplos que pudieran citarse hallaremos estas palabras: “Acabemos ya el viaje milenar por regiones de idealismo sin consistencia y regresemos al seno de la realidad, recordando que fuera de la Naturaleza no hay más que simbolismos ilusorios, fantasías mitológicas, desvanecimientos metafísicos. A fuerza de subir a cumbres enrarecidas, nos estamos volviendo vaporosos, aeriformes: solidifiquemos. Más vale ser hierro que nube”. No se trata de decir que Prada “realizó” obra sociológica, sino que estuvo impregnado por ese ambiente, que era, por lo demás, el de su tiempo.

Coincidió generalmente el sociologismo positivista con el progresismo abstracto en la sumisión frente a la moda europea, y si bien lo superó en la mirada crítica ante la realidad nacional, pecó a veces por su fatalismo. Cuando a principios del siglo, Rickert trazó la división entre las ciencias naturales y las ciencias culturales y probó definitivamente que la historia no es ciencia natural, derribó toda la tesis determinista que el sociologismo positivista había incrustado en el proceder histórico para sacar de él leyes fijas o inexorables, base de su pesimismo y de su fatalismo.

En resumen, del progresismo abstracto, en relación con la época de su desarrollo y con la obra por él realizada en este Continente, nos queda su afirmación de independencia y de soberanía y su promesa para el hombre peruano. Afirmación de independencia que debe fortalecer al instinto de perdurar en medio de un mundo furioso y violento. Promesa que implica el compromiso de crear un mañana mejor. Del sociologismo positivista nos queda la actitud de análisis ante la realidad. El interés por la producción, la distribución, la circulación y el consumo de la riqueza, la protección a la natalidad, la defensa y mejora del capital humano, la lucha contra la desnutrición, los flagelos endémicos y la miseria hallan nuevo realce después del advenimiento del sociologismo.

Y pasamos ahora a la situación presente. Sería burdo pretender el abandono o la desatención de los elementos técnicos y de los resultados obtenidos por la experiencia en los países más desarrollados que el nuestro. No han transcurrido muchos años, sin embargo, desde que gente muy fina y muy culta pretendía que nos limitáramos a esa atención y a ese aprendizaje y que nos entregáramos íntegramente, hasta con nuestras

mejores ilusiones y alegrías, a Europa. Melancólicamente sonreían al decirnos: “¡Cómo pudiéramos empujar a las playas de acá, como quien empuja un carruaje, para estar más cerca de Europa y poder visitarla más a menudo!”. Hoy deseáramos estar todavía más lejos de Europa de lo que estamos. Pero no basta la alegría extravagante del que mira cómo el incendio que arrasa el hogar vecino respeta su propio hogar. Entre otras razones, porque no sabemos cuánto tiempo durará esa gloria. Y en el drama de los días que corren hay algo más que un problema de propagación o de localización de la guerra. Al lado de los cultísimos europeos destrozándose con furia salvaje que no respeta ni a mujeres, ni a niños, ni a monumentos que son maravilla de la cultura occidental, resultan pálidas aquellas sangrientas contiendas nuestras que siguieron a la Independencia, cuyo espectáculo suscitaba asco o desdén a los padres de esos mismos europeos. Los poderes plenos de tantos gobernantes típicos de nuestro tiempo, nos hacen recordar cómo se burlaban los extranjeros con no disimulado aire de superioridad en densos libros o en livianos *vaudevilles* de nuestros Directores, Regeneradores, Libertadores, Protectores y Restauradores y cómo prodigaron ante ellos su indignación avergonzada algunos de nuestros progresistas abstractos y cómo los señalaron como prueba de nuestra inferioridad irremediable algunos propios sociólogos positivistas. Y Francia vencida y dividida, nos hace pensar cómo hemos reverenciado y adorado e imitado a Francia desde el siglo XVIII y nos hace pensar también que lo mismo o peor puede ocurrirnos si en ese altar hoy maltrecho pretendemos colocar cualquier otro ídolo ultramarino.

La juventud de hoy, que va a llegar a la plenitud de la vida cuando el siglo alcance su año 50, mira, sin embargo, ante sí algo más que una situación

espiritualmente caótica. En una época en que presenciamos el advenimiento de la “guerra total” la actitud del “escapismo”, o sea la evasión frente a las urgencias circundantes, resulta sencillamente imposible. Y son tan graves las horas que vienen, que es más ruin que nunca la actitud del utilitarismo inmediatista, o sea el ciego aprovechamiento del presente fugaz. Bella e ímproba tarea tiene ante sí una juventud que rechace el “escapismo”, que se alce sobre lo inmediato utilitario y que supere al progresismo abstracto y al sociologismo positivista de sus antepasados. Una juventud que no se deje aplastar en la lucha por la vida, que no se disipe en la frivolidad, que no se malbarate en la búsqueda del medro egoísta, que no se esterilice en el sectarismo, cáncer que ha roído a sus hermanos mayores. Una juventud tonificada con una emoción de historia, la historia de nuestro tiempo y la historia nuestra, no la que yace polvorienta en los museos, ni la que se memoriza desorientadamente en la cátedras sino la otra, la verdadera, la vital, la que enseña cómo el Perú fue durante muchos siglos un país señorial y eminente que posteriormente desaprovechó grandes oportunidades y olvidó sus glorias. Una juventud que inserte su entusiasmo y su fe para la prosecución de esa historia ilustre, movilizandole la enorme riqueza potencial de ensueños y de empresas que alberga este suelo ungido por los siglos. Una juventud que, rechazando las dogmas importados, formule sus puntos programáticos en forma simple, concreta y coherente, basándose en una voluntad afirmativa del destino nacional frente a los que se hallan al servicio de fuerzas internacionales, sean ellas las que sean, y empapando ese querer existencial en el estudio de nuestros mapas, nuestras estadísticas, nuestros censos, así como de la salud, el alimento, la vivienda y la cultura del hombre, la mujer y el niño peruanos.

Ante el problema de las élites

DESPUÉS de rastrear el curso de los acontecimientos, las peripecias de los actores más importantes, la evolución de las ideas constitucionales y las ideas-fuerzas en las distintas generaciones, no queda agotado el campo de la meditación histórica. Queda siempre abierto el camino para el estudio de las instituciones, de la cultura, de las costumbres y de las modas. Queda, además, el campo de la historia económica, jurídica, militar, naval, diplomática, internacional.

Y está, por último, el campo específicamente social. Dentro de éste, la perspectiva es de por sí amplísima. No se limita, por lo tanto, a la gradación de las distintas clases, ni al dilema individuo-multitud, ni al contraste entre el caudillaje y los textos legales. La historia social cubre todos esos temas y después de agotarlos, no se ha agotado a sí misma.

Uno de los más fascinantes y menos estudiados asuntos que la historia social ofrece entre nosotros, es el que atañe a las *élites*

Un país no es sólo pueblo. El pueblo suministra la base telúrica, la unidad histórica, el complejo sociológico, la estructura económica, la materia prima humana, que son los cimientos de un país. Ahí no queda, por lo demás, su aporte. Él se manifiesta también mediante un conjunto de urgencias y de aspiraciones quizás confusas, de posibilidades y de necesidades a veces mutiladas, de empresas y de esperanzas siempre latentes. No es, por lo tanto, su contribución una simple carga del pasado. Pero si ese país quiere desempeñar una función activa en el mundo, necesita algo más que una masa. Necesita mando. En épocas y en ambientes donde primó la tradición, ese mando partió de la aristocracia de la sangre. Error profundo suponer, sin embargo, que sólo esos aristócratas por herencia mandaron. Siempre mandó alguien. En las épocas más revueltas emergieron jefes improvisados, seguramente los que evidenciaron mayor audacia, valentía o decisión. Y democracia no quiere decir que nadie gobierne, sino que el pueblo escoge a sus propios dirigentes por medio del sufragio, para un tiempo corto y con poderes limitados, seleccionándolos según los partidos políticos a los que pertenecen. No hay nada reaccionario, pues, en esta teoría del necesario mando. Las grandes democracias anglosajonas han inventado y popularizado una palabra que expresa tal vez más nítidamente que el castellano este concepto: *leadership*. Y desde niños los anglosajones se entrenan en el arte de dirigir y de obedecer libremente, y el juego llamado *follow the leader*, (o sea “seguir al jefe”) así lo indica. Su diferencia con la concepción totalitaria del mando no está en la existencia misma de él, sino en el modo cómo surge, en sus alcances, extensión o duración, en el ámbito que se deja a la acción individual, en el carácter absoluto o relativo de la obediencia.

Sin embargo, ningún problema más discutido en nuestro tiempo que el problema de los dirigentes, o sea el problema de las *élites*.

Frente a los distinguidos caballeros que se creen facultados para cualquier exceso porque heredaron un nombre y una cuenta corriente, se yerguen con más encono en estos tiempos los que quisieran arrasar con todas las jerarquías; a los flancos de la soberbia, siempre emerge el rencor. Si por un lado están los que creen que dirigir es hacer uso únicamente del látigo, por otro lado proliferan los que al pretender eliminar las llamadas clases

dominantes en ciertos países están en realidad queriendo eliminar a las clases educadas, es decir, amenazando la delgada capa de cultura allí erigida. En la crisis de las *élites* tradicionales tienden a definirse nuevas *élites*. La Revolución Rusa y la Unión Soviética han creado, por cierto, la suya.

Ni la juerga ni el látigo son el símbolo de las *élites* auténticas. Tampoco, el camarote de lujo de la emigración. Harto populares se hicieron en una época esos suramericanos ostentosos que iban a derrochar sus fortunas en Europa; menos populares, aunque asaz frecuentes, fueron esos otros suramericanos emigrados no por la violencia de la política o por el poder de la fortuna, sino por el malestar íntimo que la patria les causaba. Pero esta especie infortunada de transplantados, en esta aristocracia que volteaba las espaldas al propio solar, quizá al lado de desniveles económicos y culturales urgentemente remediables, había un fenómeno natural e inevitable de atracción hacia lo más grande, hacia lo más prestigioso. Porque otros transplantados o emigrados análogos llegaron también a Europa provenientes de los Estados Unidos, donde ciertamente no podían aparecer críticas acerca de la falta de comodidades, o acerca de las turbulencias políticas, o acerca del primitivismo económico. Y no sólo fueron las “princesas del dólar” cuyas andanzas de opereta ha renovado en los últimos tiempos Barbara Hutton, a cuyo lado cualquier *snoob* suramericana resultaría sencilla, sino escritores famosos como Gertrudis Stein, o gente selecta como aquella pintada por Elmer Rice en su famosa obra *The Left Bank*.

Ni los que emigran, ni los que se disipan en la frivolidad, ni siquiera los que sólo saben manejar el látigo cumplen la misión esencial de las auténticas *élites*: comandar.

Comandar no es sólo impartir órdenes. Es preparar, orientar, comprender las situaciones que han surgido y adelantarse a las que van a surgir, unir a la fuerza de la voluntad el sentido de la coordinación, vivir con la conciencia del propio destino común, sentir la fe en lo que puede y debe ser, en aquello por lo cual es urgente vivir, y por lo cual, cuando llegue el momento, es preciso morir. La *élite* no es, pues, una suma de títulos exclusivamente, porque los títulos pueden ser adquiridos en la brega cotidiana; ni de derechos, porque los derechos se conquistan o se imponen; ni de antepasados, porque “todos tenemos abuelos”. Tampoco es mera guardianía, usufructo fácil o cómodo deleite. Ni su arte consiste en encaramarse sobre el presente, ni en hacer escamoteo o prestidigitación con los problemas para “ir tirando”

como vulgarmente se dice. En relación con la masa, la *élite* necesita ahondar y fortificar su conciencia colectiva, crear su unidad consciente, interpretar y encarnar sus esperanzas, atender a sus urgencias, resolver sus necesidades, desarrollar sus posibilidades, alentar sus empresas, presidir sus avances, defenderla de los peligros que vengan desde afuera o desde adentro.

Tal es, al menos hoy, la misión de las *élites*. ¿Ha sido siempre así? Por lo menos, en todo gran pueblo cabe estudiar históricamente la obra de esas fuerzas dirigentes. Pareto ha llegado a afirmar que la historia es un cementerio de aristocracias.

Y teorías trascendentales han llegado a elaborarse a propósito de la acción o reacción entre aristocracias y masas. Bien sabido es cómo ha preocupado a los historiadores, por ejemplo, el problema de la decadencia de la civilización antigua, representada por el final del Imperio Romano. Han surgido interpretaciones de tipo

político, (Belloc, Guillermo Ferrero), o de tipo económico (Max Weber, Salvio), o de tipo biológico (Seeck, Tenney Franck), o de tipo religioso (Jorge Sorel). Pues bien, a lado de ellas se encuentra el punto de vista del eminente historiador ruso Rostovtzeff en su libro titulado *Historia social y económica del Imperio Romano*, verdadera obra maestra por la acumulación de sus fuentes y por el brillo de la exposición. Para Rostovtzeff, el fenómeno principal del proceso de la decadencia romana, fue la absorción gradual de las clases cultas por las masas y la simplificación consiguiente de todas las funciones de la vida política, social, económica e intelectual, o sea aquel fenómeno al que damos el nombre de barbarización del mundo antiguo.

Ahora bien ¿qué puede observarse a propósito del problema de las *élites* en el Perú histórico? A tratar este tema en forma sumaria y sencilla, será dedicado otro capítulo.

Más sobre las élites

LOS Incas no fueron hombres de hoy que vivieron ayer, o sea, cualquiera que pasa por la calle con otros vestidos, otras instituciones y unos cuantos aparatos menos. Pertenecieron a un mundo completamente distinto, cuyos secretos podemos imaginar, pero no siempre comprender bien. No va esto contra una idea que me he permitido repetir con frecuencia: la idea del Perú como totalidad en el espacio y como continuidad en el tiempo. El Perú es continuidad en el tiempo en el sentido de que la nación de hoy ha recibido aportes y elementos de orden geográfico y humano acarreados por los siglos. Es una continuidad hacia adelante, o sea del pasado hacia el presente. Los Incas nos han legado en forma indirecta una parte de nuestro territorio, y en forma directa una parte de nuestra población, y también algunas lecciones y sugerencias que no siempre hemos aprovechado. Ello no obstante, su mundo espiritual es en sí un mundo extraño, lejano, muerto.

Con estas aclaraciones previas debe abordarse su estudio. ¿Cabe hablar de *élites* en esta época? Se ha hecho tanta algarabía con el llamado comunismo de los incas, se ha prodigado tanta exaltación tendenciosa a propósito de sus instituciones económicas que, a primera vista, muchos considerarán absurda la pregunta anterior. La imagen de los incas comunistas ha borrado la

imagen de los incas jerárquicos, conquistadores y guerreros. Al estudiar sus instituciones jurídicas en mi libro *Historia del Derecho Peruano* (y la auto-cita no es por mezquina vanidad, sino por el deseo de señalar los lugares donde el pensamiento aquí apenas esbozado ha tenido desarrollo más extenso) he señalado estas características de estratificación bicolor.

“La diferencia entre nobles y plebeyos (léase allí) se mantuvo estricta en todo orden de cosas. En el privilegio de recibir la enseñanza de los *amautas*, solamente otorgado a los hijos de los incas y curacas; en la excepción de tributos, propia también de la categoría señorial; en el uso de determinada calidad de ropa y de determinados distintivos y colores que permitían la más fácil identificación según la clase social; en el consumo de chicha y de coca, negado o permitido en virtud de gracias especiales a los plebeyos, y permitido con mucha liberalidad a los personajes; en el usufructo de mujeres, pues los tributarios debían ser monógamos o casi monógamos, mientras la poligamia funcionaba en las altas clases; en el derecho de tener asiento o de viajar en literas, que sólo era concedido a personas de rango; en la diversidad de sanciones por la perpetración de delitos, así como de jueces y hasta de funcionarios encargados de cumplir sus mandatos; en la

costumbre de la momificación o del entierro aparte o del servicio mortuorio en gran escala que también obedecía a reglas de jerarquía social; y hasta en el uso de caminos”. Y en otro párrafo: “El Inca y su gran familia estuvieron acompañados por la idea del rango sustraída a toda crítica pero que, al mismo tiempo, les impuso el deber del respeto propio y también el de someterse a la más ruda crianza y, en ocasiones, de afrontar impávidos a la muerte, condiciones de toda nobleza auténtica. Podían considerarse así los Incas y su gran familia íntimamente y no sólo por el nombre, algo distinto del resto de los hombres; su vida iba sustentada por una dignidad simbólica y no tan sólo por una suma de títulos, derechos, ceremonias o antepasados”.

En el Perú colonial, como en el Perú de los Incas, ocurrió un hecho universalmente observado, con frecuencia, en las épocas antiguas: los conquistadores se convirtieron en nobleza de sangre y la nobleza de sangre tendió a trocarse en nobleza de funcionarios. Pretendieron los encomenderos peruanos gobernar cuando se rebeló Gonzalo Pizarro; y aún después de la derrota de este caudillo, comisionados especiales viajaron a España a procurar la compra de algunos cargos administrativos o judiciales. El centralismo de Felipe II no lo permitió y los virreyes y demás autoridades de nombramiento metropolitano no tuvieron en apariencia más contrapesos que los creados por el rey mismo. Sin embargo, en el hecho, a veces los virreyes, hombres nuevos en el país y desconectados de su ambiente, confiaron en el consejo experimentado de criollos prominentes. Así como en ciertos momentos republicanos el nombre de un caudillo victorioso fue puesto al pie del manifiesto o del decreto ideado y redactado por el secretario civil, es posible que estos casos de “poder detrás del trono” se hayan dado también en siglos precedentes. ¿Hasta qué punto, por ejemplo, Hipólito Unanue participó en el gobierno de Taboada y Lemus o de Abascal? Que su influencia no fue única lo prueba la biografía de Álvaro de Ibarra, consejero de Alba de Liste y del conde de Lemos. Aún en la tarea más inherente a la Metrópoli se cumplió, pues, en cierto modo, ese fenómeno de “transculturación” que en la vida americana influyó siglos atrás sobre los más remotos inmigrantes llegados de Asia o de Polinesia, y más tarde sobre los posteriores inmigrantes europeos. Por la “transculturación” América recibe pero también suministra elementos culturales, formas de vida, ideas, usos y hasta modos de gobierno y no es simple factoría o dependencia. Porque ignoran este fenómeno, algunos hablan hoy de la “España de Europa y de las Españas de América”. Y sin embargo, aparte de

lo que pueda haber de originalidad americana desde el punto de vista geográfico, sociológico, económico y espiritual, aún en el régimen político colonial habría que estudiar hasta qué punto el gobierno por el monarca fue una realidad con atenuantes.

Pero los criollos que tuvieron influencia personal o eventual de gobierno no pudieron impedir que el régimen mismo caducara. Las singulares características que la Independencia presentó en el Perú con la participación argentina y colombiana determinaron dos hechos de vastas proyecciones: 1º, no surgió en esa guerra un gran caudillo militar peruano; 2º, la nobleza no presidió como grupo social orgánico el comienzo de la República. Empobrecida por la guerra, contempló luego cómo eran abolidos los títulos de nobleza y cómo eran abolidos los mayorazgos. El folleto *Reclamación de los vulnerados derechos de los hacendados de Lima* pinta su decadente situación hacia 1830. El poder político cayó de inmediato en manos de los ideólogos y de los políticos profesionales. A los primeros los hemos llamado “progresistas abstractos” y a los segundos “inmediatistas utilitarios”.

En el vecino Chile, después de 1830 precisamente, una oligarquía de grandes propietarios unida por intereses familiares se erigió sobre una masa pasiva. Pero si los *pelucones* construyeron un muro alrededor del Estado chileno contra el oleaje demagógico, no se limitaron a tener el espíritu colonial. Hombres como el gramático, jurista y poeta Andrés Bello, el geógrafo y explorador Claudio Gay, y el naturalista Domeyko, dieron a Chile un estilo peculiar de cultura. Bello, sobre todo, contribuyó al amparo de la paz *pelucona*, a crear el equipo conductor que luego pudo, sin derramamiento de sangre, presidir las reformas liberales objetadas al principio y, más tarde, presidir la guerra que hizo a Chile una potencia en el Pacífico Sur.

No fue esa la situación en el Perú. En nuestros treinta y cuarenta tuvimos momentos en que pareció haberse llegado a una extrema simplificación de la faena de comandar y dirigir, por haberse roto el equilibrio entre masa y *élite*. Fueron momentos de “a-historia”, o sea de choques contradictorios, de continuo empezar, en contraste con la historia que es, en sí, proceso y esencial continuidad. El ejército y el caudillaje, tan vilipendiados, tan incomprensidos, pretendieron a veces sofrenar el frenesí ideológico y dar paz y cohesión al país. Al amparo de ellos, o también contra ellos, surgieron intentos de *élite*;

posteriormente cuando la vida institucional del país se estabilizó un poco, esos intentos fueron más sólidos, alcanzando a veces éxito, por desgracia fugaz. Tuvimos esbozos de verdaderas *élites*, *élites* a medias, *élites* latentes y también *élites* falsas y *antiélites*. No haremos ahora ni de jueces, ni de estadísticos, ni de censores, porque sería trabajo arduo, antipático, peligroso y estéril. Diremos tan sólo que en la República, como en las épocas anteriores, los momentos culminantes de la vida peruana han estado presididos por una *élite*. Y veremos algunos puntos de vista adoptados como tarea o misión por quienes se creyeron llamados a una función dirigente.

Cuando vino la fatiga ante la ilusión de las reformas constitucionales como ideal para el país (tesis de los progresistas abstractos en su sector puro), surgió en algunos una visión administrativa de la vida nacional. Para ellos, el Perú era un Estado y nada más. Lo importante venía a ser el aparato fiscal y administrativo. Tener con qué pagar, idear fórmulas de centralización o de descentralización, atender a los servicios públicos, balancear los presupuestos fue un plan de acción de estas sedicentes “*élites*”. Hubo, en cambio, quienes tuvieron una visión económica. Al lado del Estado contemplaron al país; pero sólo como fuente de producción, como depósito de materias primas, como reservorio de riqueza potencial. Si los unos fueron magníficos funcionarios, los otros fueron magníficos hombres de negocios. Si para los primeros el Perú fue una oficina, para los segundos el Perú fue una hacienda.

La visión administrativa como la visión económica, bien pudieron ser muy sinceras y entusiastas y estar acompañadas al mismo tiempo por un íntimo desprecio al hombre peruano. Es evidente, por ejemplo, que Vivanco y su grupo honesta y resueltamente buscaron la ordenación y el progreso, como que se llamaron a sí mismos la “Regeneración”. Leemos, sin embargo, en el libro *Revoluciones de Arequipa* del deán Valdivia que, viendo luchar heroicamente a los arequipeños por su causa, Vivanco exclamó cierta vez negligentemente: “Cada muerto es un chichero menos”. Se nos antoja que se trata de una de las tantas calumnias que la envidia unida al odio urde en todos los tiempos. Mas a pesar de todo constatamos qué clase de argumentos podía emplearse para desprestigiar al vivanquismo porque acaso este grupo no insistió suficientemente en el contenido humano de los problemas peruanos.

La visión humana se yergue como una réplica frente al exclusivismo de las visiones económicas y administrativas de la vida nacional. Cuando esa reivindicación surge sola, prescindiendo de las otras dos, se queda como aislada serenata, o como perjudicial gritería, o como morbosa desorientación. Por su parte, las visiones administrativa y económica solas, sin calor humano, sin fe, cariño o preocupación por la masa resultan gélidas, incompletas y, a la corta o a la larga, impopulares. Los que unieron las tres actitudes, y sólo ellos, echaron las bases de una verdadera *élite* nacional.

Es necesario un Estado eficiente, como es necesario un país progresista; pero también conviene tener un pueblo “en forma”. Es más: no habrá verdadero Estado eficiente, ni habrá país cabalmente desarrollado si el pueblo es descuidado. Nada más trágico que la suerte de unas *élites* refinadísimas erigidas sobre una masa primitiva. Sin necesidad de caer en el ejemplo de las *élites* de Francia en el siglo XVIII o de Rusia en el siglo XX, bastará mencionar cómo en los momentos de amenaza internacional, esas masas no sabrán actuar con eficacia. Los índices de natalidad y de mortalidad, los datos sobre lo que produce o consume una población y sobre lo que come, viste, lee o sueña, han de suministrar –en nuestro tiempo sobre todo– las más interesantes sugerencias a las auténticas *élites*. Éstas se hallan en el deber y bajo la responsabilidad de trazar planes para un rendimiento nacional mejor, más copioso o más racional; para el estímulo de la vitalidad y de la capacidad colectiva. Pero tampoco este pragmatismo es suficiente. Al lado de él es imprescindible una comunión nacional, el enlace entre pueblo y dirigentes, territorio y población, pasado y porvenir. Por eso el problema de la educación, por ejemplo, no es en último término una cuestión de porcentajes en el presupuesto, de número de escuelas, de preparación magisterial, de formulación de planes, ni de aplicación de tales o de cuales sistemas novísimos; es, en el fondo, un problema de actitud vital, de movilización espiritual hacia una conciencia del común destino nacional y hacia una fe en lo que el país puede y debe ser.

Recordemos bien, por último, que *élite* no es lo mismo que oligarquía. Esta representa un hecho económico-social; aquélla un fenómeno espiritual. Ser de *élite* no se hereda: se conquista. No basta sentirse *élite*: hay que probarlo y hacer que los demás lo comprendan y actúen en consecuencia, a veces sin darse cuenta de ello. Para formar *élites* no importa de dónde se procede: importa a dónde

se va o se quiere ir. No se forma una *élite* por acumulación de fortunas, camaradería de aula, identidad profesional, coincidencia de edad o costumbre de tertulia; se forma por analogía de

sentimientos, actitudes, esperanzas, ensueños y sacrificios. Se ha hablado mucho de la rebelión de las masas: olvídense con frecuencia el fenómeno de la desertión de las *élites*.

Esa promesa y algo más

EN la vida de Francisco Pizarro la realidad ratificó espléndidamente los sueños más audaces que la riqueza y el poder pueden inspirar. Al ser constatadas luego la hermosura y la fecundidad del continente americano, surgió la teoría de que aquí estuvo el Paraíso Terrenal; y en la obra de Antonio de León Pinelo *El Paraíso en el Nuevo Mundo*, un mapa exhibe al Arca de Noé a punto de zarpar del litoral peruano. El anhelo de vida ultraterrena que en el Perú alcanzara intensidad altísima a través de los santos y ascetas del siglo XVII, trasladó la ilusión paradisiaca a un plano inmortal. Desde los tiempos en que comenzó a estar en boga la idea del “noble salvaje”, en el siglo siguiente, el amoroso enlace entre el indio y la tierra en la época prehispánica y el manejo estricto del hombre por el Estado Inca, llegaron a ser vistos con caracteres idealizados al punto de considerarse al Imperio, por algunos, como un “paraíso destruido”. Fue así como se sucedieron en el Perú hazañas inauditas de geografía y de milicia, ansias de religiosidad trascendente, nostalgias del paraíso bíblico, idealizaciones del pasado histórico local. En los dos últimos casos mencionados, el Paraíso vino a ubicarse ya no en el presente, como ocurriera en el siglo XVI, sino en el ayer. La importancia creciente de los fenómenos políticos y sociales y la irrupción de las masas a partir del siglo XIX, hicieron trasladar el paraíso del ayer hacia el mañana y difundieron una promesa de vida libre y feliz para todos. Esa promesa pareció empezar a cumplirse cuando fue logrado el ideal de la emancipación americana.

Observemos que la esencia misma de la promesa no vino importada íntegramente por la tormenta de la revolución. En realidad, ella movilizó anhelos y aspiraciones latentes desde mucho tiempo atrás. El hecho mismo de que un grupo de hombres o de familias abandonara voluntariamente el Viejo Mundo, y llegase aquí a cumplir no sólo funciones burocráticas, o a enriquecerse, o a explorar sino a construir sus hogares y a tener y a educar a sus hijos, a entregarse definitivamente a nuevas tareas, ya implicó desde los primeros tiempos de la colonización una tácita prueba de su disconformidad con la suerte que el Viejo Mundo

le deparara, y un propósito de mejoramiento y de renovación. En escala diferente, sin duda, si se trata de hacer un paralelo con América del Norte, hubo además en los pobladores de origen europeo que aquí se enraizaron, un sector de refugiados o de perseguidos. Por otra parte, aún cuando en el fondo sicológico de esa población proveniente del Viejo Mundo no hubiesen existido tales fermentos, el contacto con las demás razas aquí residentes, tuvo que crear, a la larga, una conciencia de una nueva personalidad colectiva. El mismo hecho de que los españoles carecieran del llamado asco racial y dieran origen al mestizaje (fenómeno de incalculable sentido democrático) contribuyó a que se formara una personalidad diferenciada en los americanos de nacimiento. Y no debe olvidarse, por último, el efecto que a éstos haría el espectáculo de la amplitud, de la riqueza, de las inmensas virtualidades propias de su continente, en contraste con la menor dimensión y el carácter “cerrado” del mundo europeo.

Lo que se quiere decir con lo anterior es que no sólo el influjo mecánico de hechos y de ideas ocurridas en el extranjero, determina la promesa que sirve de fundamento, de explicación y de justificación al acta de la Independencia.

Ahora bien, la Independencia no fue hecha en términos continentales. Hubo conciencia cronológica en los movimientos emancipadores, interrelación en ellos, alianzas y auxilios mutuos y hasta planes de unidad; pero nada más. Sin insistir por ahora en las causas que crearon nuestros Estados Desunidos del Sur frente a los Estados Unidos del Norte y los Estados Unidos del Brasil, fuera de todo juicio y de toda emoción, he aquí un hecho inexorable: ni una sola de las Repúblicas surgidas hasta 1834 se ha fusionado con otra y por el contrario, hoy existen algunas Repúblicas más que entonces. Tal constatación es necesaria para ver con claridad el contenido que ha de tener en un estudio orientado hacia el futuro la promesa del acta de la independencia.

Existe una escuela de pensamiento según la cual esa promesa ha de resolverse con una orientación

que se atenga al factor racial. El Perú, por lo tanto, estaría ahogado dentro del concepto de "indianismo". Esta escuela empirista y materialista toma en cuenta, en forma exclusiva, un punto de vista binario: sólo los elementos individuo y masa. Mayorías indígenas, analfabetas, económicamente limitadas son vistas en un plano igual, cualquiera que sea el lugar de su residencia. Se les toma como si fueran una unidad, para los efectos de juzgar su condición actual y sus posibilidades futuras.

Así se pensó hace veinticinco años y así quieren seguir pensando los grupos empiristas. Sin embargo, una de las enseñanzas de los últimos lustros es la de que harto precipitadamente habían menospreciado algunos el elemento país. Uno de los casos en donde se ha incluido este elemento con carácter supremo es el de los planes quinquenales soviéticos destinados al crecimiento de la capacidad productora y de la autosuficiencia integral de la U.R.S.S. Y el "águila azul" volando en el cielo de los Estados Unidos durante los gobiernos de Roosevelt indica que la idea de una estructura nacional, independiente de los intereses de patronos y obreros, de agricultores y ganaderos, de importadores y exportadores no está confinada en Europa.

Asistimos ahora en América a un proceso de la solidaridad continental; pero no asistimos, por cierto, a un debilitamiento de los intereses, de las conveniencias o de las aspiraciones que caracterizan a cada Estado americano. ¡Ay del Perú, si su opinión pública cerrase los ojos ante esa tremenda realidad! Cabe imaginar para el futuro un "Commonwealth" o comunidad continental; mas es evidente que cada país aportaría allí su contribución propia en el plano material como en el plano de la cultura.

Los empiristas se han desgañitado hablando de la necesidad de que el indio sea "redimido". Les preocupa que el campesino Pedro Mamani, por ejemplo, no tenga piojos, que aprenda a leer y a escribir y que sea garantizado en la posesión de sus ovejitas y su terrenito. Pero al mismo tiempo que la higiene, la salud, el trabajo y la cultura de Pedro Mamani, importa que el territorio en el cual él vive no disminuya sino que acreciente su rendimiento dentro del cuadro completo de la producción nacional. Si eso no ocurre, aún cuando goce del pleno dominio de su chacrita y de sus ovejitas y aunque lea toda la colección del "Fondo de Cultura Económica", Pedro Mamani no tendrá resueltos sus problemas básicos.

En nuestro país no sólo debemos preocuparnos de la distribución; sino también de la mayor producción y del mayor consumo. Nuestro problema no es sólo de reparto; es también de aumento. Que el peruano viva mejor; pero que al mismo tiempo el Perú de más de sí. Y para elevar y superar el nivel general de vida aquí no hay que actuar exclusivamente sobre el indio descalzo, pues hay quienes no se hallan en esa condición y se mueven dentro de horizontes económicos asaz reducidos. Ninguna de nuestras soluciones nos vendrá, pues, cocida y masticada de otros países, aunque sean hermanos, primos o prójimos. Y, sobre todo, nada se podrá hacer a fondo si al país no le conmueve la conciencia de sí, si no afirma en esta hora feroz, su querer existencial nacional. Por eso, la promesa de la vida peruana atañe a la juventud para que la reviva, a los hombres de estudio en sus distintos campos para que la conviertan en plan, a la opinión pública en su sector consciente para que la convierta en propósito.

Al leer esto no faltará quien haga una mueca de sarcasmo, de amargura o de cólera, creyendo que se le habla de cosas manoseadas, vacías o cínicas. Porque la promesa de la vida peruana sentida con tanta sinceridad, con tanta fe y con tanta abnegación por próceres y tribunos, ha sido a menudo estafada o pisoteada por la obra coincidente de tres grandes enemigos de ella: los Podridos, los Congelados y los Incendiados. Los Podridos han prostituido y prostituyen palabras, conceptos, hechos e instituciones al servicio exclusivo de sus medros, de sus granjerías, de sus instintos y sus apasionamientos. Los Congelados se han encerrado dentro de ellos mismos, no miran sino a quienes son sus iguales y a quienes son sus dependientes, considerando que nadie más existe. Los Incendiados se han quemado sin iluminar, se agitan sin construir. Los Podridos han hecho y hacen todo lo posible para que este país sea una charca; los Congelados lo ven como un páramo; y los Incendiados quisieran prender explosivos y verter venenos para que surja una gigantesca fogata.

Toda la clave del futuro está allí: que el Perú se escape del peligro de no ser sino una charca, de volverse un páramo o de convertirse en una fogata. Que el Perú no se pierda por la obra o la inacción de los peruanos.

Preguntas para la Reflexión

1. Luego de la lectura del texto, responder colectivamente las siguientes preguntas:
 - ¿Qué sensación personal les ha dejado la lectura del texto de Basadre?
 - ¿Qué es una república?
 - ¿Cuál es la relación entre la república y los ciudadanos?
 - ¿Cuál es la promesa incumplida? ¿Por qué no se cumplió la promesa republicana?
 - ¿Sigue siendo vigente la idea de república propuesta por Basadre?
 - ¿Cómo hacer para cumplir con la promesa republicana?
 - ¿Qué hacer con la república peruana? ¿Refundarla? ¿Fundar una nueva república? ¿Mantenerla como está?
 - ¿Qué rol desempeñan las *élites* en los destinos de una sociedad?
 - ¿Qué características debe tener una verdadera *élite* nacional?
 - ¿El Perú tiene *élites*? ¿Cuál es la calidad de las *élites* peruanas?
2. Cada participante deberá responder estas preguntas exponiendo sus ideas al grupo, de modo que se genere un debate.
3. Alguno de los participantes, o el facilitador, debe desempeñar el rol de relator. Éste anotará las ideas principales de cada intervención y, luego, tratará de sistematizarlas para encontrar los consensos (las ideas en los que todos o la mayoría está de acuerdo) y los disensos (los asuntos en los que existe controversia).
4. Los consensos y los disensos deberán ser expuestos al grupo, para que sean validados.
5. Los consensos y disensos deben quedar registrados, ya que serán motivo de un posterior desarrollo.

Índice

El paraíso en el Nuevo Mundo	03
¿Para qué se fundó la República?	05
Ideas del peruano del siglo XIX	07
Progresismo, positivismo, presentismo	10
Ante el problema de las élites	12
Más sobre las élites	14
Esa promesa y algo más	17
Preguntas para la Reflexión	19